

Pero ya en *Estampas de un león y una leona* se encuentra una descripción tan lograda como ésta, de un elefante y otros animales, verdadera sucesión de greguerías:

Un elefante, un pañasco de goma arrugada, de ojos oblicuos de unas malicia chiquitina para tanta piel, crugía la manga de hocico de cerdo enseñando su boca, toda de pasta tierna de lengua. Y asomaban los tigres, de cuerpos franjados y pupilas de piedras preciosas; las hienas, broncas, obtusas, de andar impaciente; los llamas, con remiendos rojos y blancos y la mirada albina, de un malhumor trivial; los ciervos, que parece que llevan un esqueleto roto en la frente (Pág. 681).

Y en *Años y leguas* describe así Miró, con una graciosa greguería, el correr de unos pollucos:

la mujer llama a su averío para que se recoja; y acuden los polluelos zancudos, como chicos que corren silbando con las manos en los bolsillos del pantalón (Pág. 982).

Recuérdese también, en la misma obra, la tortuga con sus patas de percebes con rodilleras (Pág. 1020).

* * *

A la hora de cerrar un estudio o un ensayo, sobreviene la tentación de resumir lo expuesto. Y esto es difícil cuando en lo dicho parecen haber triunfado el desorden y la repetición. Lo que aquí cabría decir a manera de síntesis—buscando el efectista acorde final—sería una repetición más. Habría que regresar al punto de partida, al problema del encuadramiento dentro de los géneros literarios, de la obra mironiana. Habría que repetir las consideraciones ya hechas acerca de la calidad sensual que he creído percibir en la atracción de Miró hacia el mundo y los seres, vistos más como estampa, como color, fragancia o tacto, que como psicológico laberinto de problemas y pasiones.

